

Fronteras invisibles

Me encontraba predicando en un coliseo, donde asistía mucha gente. Se esperaban buenos frutos, pero pasaron los primeros días y nadie pedía bautizarse. El pastor anfitrión, al ver con preocupación la situación de la campaña, se encargó personalmente de la visitación.

Un día, llegamos a un barrio peligroso. Yo, asustado, le pregunté: «Si es peligroso, ¿por qué tenemos que entrar ahí?». Entonces él me dijo: «Dios cuidará nuestra entrada y nuestra salida». Yo respondí: «Bueno... amén».

Seguimos conversando sobre otras cosas y, cuando ya estábamos llegando al barrio, noté que algo andaba mal, mi instinto me decía que estábamos en peligro. Confieso que sentí miedo, sobre todo por el aspecto de los muchachos que estaban a la entrada de aquel barrio. Nos miraban fijamente como cuando el cazador mira su presa y sus vestimentas no eran las más atractivas.

En ese momento, el pastor me dijo: «Ora mentalmente, vamos a pasar por una frontera invisible». Intenté persuadirlo: «¡No debemos pasar!». Me contestó: «Hay dos almas que rescatar». Yo le dije: «Sí, pero se pueden perder dos, y de pastores». Solo me miró, sonrió y siguió manejando su automóvil, y yo empecé a orar.

Anduvimos por las calles de aquel barrio, buscando una dirección que nunca encontramos y que nadie nos ayudaba a encontrar.

Al final de la calle, nos habló una ancianita que nos dijo: «¿Qué hacen por aquí? ¡Los van a matar!». Con semejante declaración, el pastor,

ya convencido y viendo lo asustado que estaba yo, dio media vuelta y nos dimos cuenta de que el grupo de muchachos se acercaba. Creo que en ese momento el pastor sintió el costo de haber pasado esa frontera invisible, y yo en mi mente decía: «Nos van a matar por culpa del pastor». De pronto, un señor en una moto nos gritó: «¡Síguenme!». Nos miramos pensando... «¿será una trampa?». Pero el grito intenupió nuestro silencio y, por segunda vez, con más fuerza, dijo: «¡Síguenme!», y arrancó su moto. Entonces el pastor aceleró su automóvil y lo seguimos. Recuerdo que subimos una montaña y nos dijo: «Ya están a salvo, sigan por aquí, todo recto».

Estoy convencido de que era un ángel y de que: «El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen y los defiende» (Sal 34: 7).

Agradezco a Dios por la protección de todos sus hijos. Al final de aquella campaña tuvimos muchos bautismos, incluida gente de ese barrio. ¡Gloria a Dios por sus triunfos y por su protección!

Pr. Julio Rodríguez,

director del Departamento de Escuela Sabática, Asociación del Atlántico, Unión Colombiana del Norte.